

“El tiempo de las historias”

José Saramago

El tiempo de las historias

Hay ocasiones en que cae sobre mí una sincera pena de mí mismo por no ser capaz ya de creer en ciertas maravillosas historias que leía en la infancia, cuando saber leer -lo descubrí más tarde- equivalía a abrir puertas al espíritu, pero también, en ciertos casos, a cerrar algunas. Porque en esas historias me enseñaban cosas que no habían ocurrido, proporcionándome así, verdades y fantasías al mismo tiempo. Pero tan arraigado está en nosotros el gusto por lo maravilloso que me ocurre lo que ya he dicho antes, es decir, sentir lástima de mí por no creer ahora y, quién sabe, por no haber creído nunca.

Una de esas historias, la más breve que conozco, se cuenta en dos líneas. Sólo es esto: "Y Dios dijo: —«Hágase la luz—». Y la luz se hizo". No sé qué genio escribió estas palabras, pero digo que gracias a ellas uno puede llegar a creer en el poder demiúrgico del verbo. Sin imágenes, sólo con una simple declaración circunstancial, vemos la oscuridad total, oímos la gran voz imposible y asistimos al nacimiento primero de la luz. Como oscuro escritor que soy de esta tierra, me inclino ante tal prodigio del arte literario.

Pero, tras inclinarme reverente, levanto de nuevo la cabeza y miro fríamente el diseño de las palabras, la mancha particular y única que cada una hace en el papel, las veo formarse en las múltiples bocas de mis contemporáneos, analizo el encadenamiento de los sonidos y el sentido subyacente, y me siento perdido en un bosque poblado de fantasmas de conceptos, de sombras de raciocinio, de fuegos fatuos de ideas. Es entonces cuando más recuerdo el tiempo de las palabras de un sólo sentido —porque era la primera vez que las oía.

Este país de gente callada, que difícilmente junta dos ideas de forma inteligible, sin los bordones onomatopéyicos en los que la frase se va apoyando laboriosamente, es, al mismo tiempo, uno de los países en que más se habla. Se entiende el porqué. Aquellos a quienes les es dada la autoridad, y a veces también la orden de hablar, sabiendo que hablan para una población de alienados, usan y abusan del verbo en una especie de jovial impunidad.

De sobras saben que no van a tener contradictores, que nadie apuntará sus incoherencias, sus illogicismos, sus contradicciones, los atentados contra la verdad, los errores gramaticales. Entre cada dos charlas, tantas veces repetidas con poca diferencia en el vocabulario y ninguna en el estilo, hay una cápsula de silencio protector que, al parecer, nada podrá quebrar ni hender siquiera. De ahí que, a lo largo del año, podamos verificar hasta qué punto se mantienen los oradores fieles a sí mismos, imperturbablemente serenos o, si agitados, sólo porque la ocasión lo exige. Pero las palabras son las mismas: si no expresan las ideas de quien habla, expresan las ideas de que conviene hablar.

Sobre la realidad del país se asienta pues un tejido de palabras de las que podría extraerse una trama que sería supuesta expresión en lenguaje de esta misma realidad.

Pero la verdad es otra y muy distinta. Los grandes problemas nacionales: la educación, la emigración, la libertad de expresión, la representación política, el nivel de vida, la información, el equipamiento industrial, la inversión extranjera, etc., etc., si bien son discutidos en los gabinetes con objetividad y pertinencia —o lo serán en obediencia a soluciones que el país no aprobó o de las que ni siquiera se ha enterado—, pasan desde allí al exterior envueltas en un *cantabile* de sonidos nebulosos que nos dejan a todos en la misma y anterior ignorancia.

A agravar viejas taras lingüísticas y cuadragenarias dificultades de comunicación, ha contribuido la aparición reciente de un lenguaje de tipo tecnocrático con artes para transformar los problemas del estómago, del dolor físico y moral, de la reivindicación cívica, de la vida y de la muerte personal o colectiva en abstracciones esterilizadas que pueden ser manejadas sin incomodidad y con manos limpias.

Únase a esto, repito, los viejos tropos sentimentales y demagógicos aún en plena aplicación y tendremos un panorama francamente deplorable de lo que en definitiva no es, pero debería ser, al menos en una sociedad saludable, la corriente de ida y vuelta –inevitable, incluso en discordancia– entre los gobernados y aquéllos en los que han delegado la función de gobernar.

El país, hasta cuando sale a la calle para aplaudir, hasta cuando saca colgaduras a las ventanas, hasta cuando manda a sus niños vestidos de blanco a cubrir carrera en las avenidas –el país, hasta cuando hace todo esto y, sobre todo, porque hace todo esto– está peligrosamente alienado de sus problemas y de los riesgos que corre. No es novedad el hecho de que todo el mundo se encuentre en crisis. Que las alianzas de intereses se hacen y deshacen en una semana, que los regímenes se sustituyen en veinticuatro horas, que las represiones inundan de sangre el mundo,

son cosas que todos vamos sabiendo, mejor o peor, y a veces con gran lujo de detalles, a través de la prensa. Pero la misma prensa se limita a dar una imagen oficial, u oficiosa, u oficializante, de las realidades y de los acontecimientos internos en ese lenguaje inocuo en el que se redactan los comunicados finales de las conferencias entre gobernantes de diferentes países.

No es raro que leamos que han sido tomadas providencias para resolver un problema cuya discusión pública se ha impedido; no es raro que nos enteremos de que Portugal va a estar representado aquí o allá por medio de periódicos extranjeros o por periódicos portugueses en noticias procedentes de agencias extranjeras. Sirva esto de ejemplo.

Alguien que conserve aún un mínimo de dignidad cívica, de responsabilidad, tendrá forzosamente que sentirse humillado ante una situación que lo mantiene en estado de minoridad intelectual, de adolescencia vigilada, de infancia bajo tutela.

Las viejas historias pesan.

Dicen que se hizo la luz y proceden hipnóticamente por repetición.

Entretanto, el espíritu cercado levanta la cabeza y pregunta:
"¿Qué luz? ¿Dónde? ¿Para quién?".

En *Las maletas del viajero* (1992)

Barcelona: Roncel

Escena argumentativa

- ¿Quién habla? [características del orador → *ethos*]
- ¿A quién se dirige? [características del auditorio]
- ¿Contra quién? [Oponente]
- Circunstancias
- Finalidad del discurso [convencer/persuadir]

Orador

- fuerte presencia del yo en el enunciado
- autorreflexivo
- nostálgico del sentido perdido
- “...como oscuro escritor que soy”
- escéptico (incapaz de creer como verdaderas las historias maravillosas, mentirosas, ficcionales)

Auditorio

- “Alguien que conserve aún un mínimo de dignidad cívica, de responsabilidad, tendrá forzosamente que sentirse humillado ante una situación que lo mantiene en estado de minoridad intelectual, de adolescencia vigilada, de infancia bajo tutela.”

Oponente

- “Aquellos a quienes les es dada la autoridad, y a veces también la orden de hablar, sabiendo que hablan para una población de alienados, usan y abusan del verbo en una especie de jovial impunidad.”

Circunstancias

- Contexto de publicación: prensa gráfica, género de opinión.
- Contexto sociohistórico: Estado Novo (dictadura de Salazar 1932-1974)

Finalidad

- Persuasiva
- Promover una reacción de la opinión pública frente al estado de dominación del régimen autoritario.

La controversia

- Tema
- Problema (*quaestio*)
 - Tesis

La controversia

- Tema → la alienación del lenguaje autoritario
- Problema (*quaestio*) → ¿Es posible abocarse a los problemas y riesgos que enfrenta el país en ausencia de una verdadera comunicación entre gobernantes y gobernados?
- Tesis → No, porque el lenguaje inocuo, tecnocrático, mentiroso impide ver la realidad.

La disposición: el plan textual

- Plan temático → El discurso progresa de manera lineal, por acumulación de argumentos en una misma dirección

La elocución: el estilo

- figuras

me siento perdido en un bosque poblado de fantasmas de conceptos, de sombras de raciocinio, de fuegos fatuos de ideas. [metáfora]

- dialogismo

- tono pasional